

te de una disciplina organizado de la forma como el cubismo, sólo ellos, digo, hacen uso de su organización formal imponiéndola a la tendenciosidad que ya en sí mismo es el paisaje como una coyunda disciplinaria... El pintor, ¿dónde se manifiesta más a sí mismo: en la acción libertaria del paisaje o en la acción disciplinante de la forma? El pintor, probablemente, ha aprendido a ser libre—libre como pintor—de la mano del paisaje... pero, probablemente también, ha aprendido a ser disciplinado con la vida—con la vida de la pintura—de la mano de la forma. No creo que haya posibilidad de destruir en la idea de Caneja esa dialéctica que asiste a su pintura: Tesis, lberalidad promovida por el paisajismo; antítesis, disciplina impuesta por la forma; síntesis, realización de un paisajismo donde se armonizan perfectamente las formas y los colores. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

CANCION

Fiestas mágicas en una catedral

Sisa es como una esfinge mediterránea y cachonda, que plantea a quienes le escuchan una sucesión de enigmas; quien no los resuelva, no sacará de sus discos y de sus espectáculos nada más que aburrimiento, y como una sensación de haberse quedado a las puertas de algo, pero el afortunado que acierte con su sentido tiene asegurado el disfrute de todo un mundo de diversión y magia. Desde "Orgía" hasta su último disco, "La catedral", pasando por "Qualsevolt nit put sortir el sol", cuya canción titular ha sido casi un himno para la joven generación catalana, e incluso "La Galeta Galáctica", que es, a mi entender, uno de sus álbumes menos logrados (1), Sisa ha ido creando un mundo complejo, donde plasma un intrincado laberinto de vivencias infantiles, de espejos cuyo fondo es oscuro, de casas de vecindad con patio interior, de muñecas

(1) Todos los discos de Sisa que cito han aparecido en el sello Zeleste, de Edigsa. Qualsevolt nit... va a aparecer muy pronto en el mercado inglés, editado por Island.

de cera y de barrios extremos: su mundo. Una cierta Barcelona.

Barcelona fenicia y griega, como Alejandría; Barcelona, puerto y puerta a un mar nuestro, es el único lugar donde se podía plasmar este producto híbrido, con olor a especias orientales a yerbabuena y también a tomillo y espliego, a armario entreabierto, donde se guarda la ropa blanca, a madera de vieja cama matrimonial; me refiero a "La catedral", álbum doble que es el más complejo y ambicioso—y también, tal vez, más logrado—de Sisa. Un álbum que tiene características que pueden calificarse como dalmianas; esto es, de específicamente catalanas. Dalí, un día que estaba especialmente agudo y ocurrente, se definió como "alegre paranoico del Ampurdán"; Sisa es un alegre paranoico del barrio de Gracia, que ha conseguido algo en verdad mágico en "La catedral": en un álbum, concepto a veces algo ampuloso y megalomaniaco, sintetiza todos sus recuerdos y vivencias infantiles, tamizados por un onirismo hecho más de imágenes que de símbolos. Tiene, como también el maestro Dalí, la ingenuidad del comerciante oriental que acaba prendido en sus propios embustes, y se cree que las alfombras que vende en el bazar pueden volar de verdad; adolece de la misma verbosidad grandiosa, de la misma logorrea del charlatán de feria, del mago y volatinero ambulante, del vendedor de pócimas curalotodo... En este álbum barroco hasta el churrigueresco, se pueden escuchar los mil vientos—Levante y tramontana, vent d'aval y vent d'amont—del Mediterráneo, los mil perfumes del sol; todo esto, sintetizado en una joya multifáctica de música y poesía radicalmente urbanas. "La catedral" es un verdadero monumento egocentrista: en todas sus vidrieras se puede contemplar la silueta desgarrada, como de niño grande, del propio Sisa.

Acompañan al cantante en este viaje al interior de sí mismo sus compañeros de la Orquesta Platería y algunos músicos más. Entre todos crean una unidad musical facetada, compuesta por una diversidad compleja de instrumentación e influencias diversas: convergen estilos que se podrían considerar opuestos, instrumentos de todas partes... Como hiciera en su momento, y en algunos de sus temas más logrados, aquel conjunto inglés que se llamó Incredible String Band, Sisa ha logrado crear un "folklore de ninguna parte", sólo que

sustituye las brumas célticas por el sol y los olivos mediterráneos, y esta labor de creación de una nueva música popular está lograda gracias a la riqueza instrumental: guitarra eléctrica, guitarra flamenca, mandolina, bandurria, violín, viola, arpa, violoncello y contrabajo forman la sección de cuerda; flauta traversera, flauta india, trompeta, oboe, armónica, flautas dulces y sopranos, saxo y trombón, los vientos; órgano, piano clásico y eléctrico, percu-



Jaume Sisa.

siones, xilofones... Todo esto al servicio de influencias variadas, que van desde el "rock" hasta la música más tradicionalmente catalana, pasando por resonancias orientales y sufriendo el influjo de esos pequeños duendes calientes y manchados de salsa que inspiran lo mejor de la orquesta Platería. "La catedral" es como una plaza de mercado en la que se dan cita mercaderías diversas y coloreadas procedentes de todos los países. Sisa lo sabe: su magia radica en eso precisamente, en ese ambiente de fiesta popular, de día de feria y mercado.

Su misma voz es como la de un pregonero de fiesta mayor, a veces algo monótona, pero anunciadora siempre de maravillas.

Escuchar, leer con cuidado las letras de sus canciones, es un ejercicio curioso; las influencias que en ellas descubrimos no pertenecen en absoluto al ámbito cerrado de lo que hemos dado en llamar cultura. Se le ha llamado surrealista, y es un error: los surrealistas tuvieron siempre algo de profetas inspirados, una postura grandilocuente heredada del romanticismo. En todo caso, Sisa—y también, aunque haya mundos de separación entre los dos, ese otro gran poeta de la canción catalana que es Pau Riba—podría compararse a Jacques Prévert, que encontraba la complicación en las cosas más sencillas, y la humanidad en un humorismo cómplice, cercano al absurdo precisamente por lo que de humano y cotidiano hay en él. Pero ni siquiera: Jaume Sisa encuentra su inspiración sobre todo en la cultura popular: en Bob Dylan y Donovan, pero también en los boleros de Lucho Gatica y Jorge Sepúlveda, en la radio de los años cincuenta españoles; en los carteles de toros y en el teatro Chino de Manolita Chen. Su poesía es una poesía de la calle—del barrio chino y del Paralelo—que crece y se desarrolla en la calle, y refleja su ambiente. Nada más alejado del culturalismo al uso, pero también del manido y agotado "hippismo" contracultural, campestre. La poesía de Sisa es urbana, de chico de ciudad.

Dudo de haber explicado con todo este farrago qué es "La catedral", y a qué mundo remite a quien lo escucha. Es algo difícil: se trata al mismo tiempo del mundo de Sisa y de una obra abierta que en cada uno despertará diferentes ecos y sensaciones. Puede tomarse como una fiesta mágica, como una orgía en la catedral de Gaudí—llena de caracoles, ornada por monstruos, vestida de verduras y vidrios de colores para la ocasión—; o también como una droga, como una de esas pócimas negruzcas y aromáticas que nos hace tomar contacto con un mundo colorista, ingenioso y algo perverso, con un Mediterráneo picaresco y familiar en vías de desaparición. "La catedral" es también un disco subversivo, porque nos hace descubrir elementos cotidianos casi olvidados: que la imaginación puede tener melancolías de almizcle, y que la nostalgia y la tristeza pueden a veces resultar divertidas. ■ E. HARO IBARS.